

Catecismo 615 Jesús reemplaza nuestra desobediencia por su obediencia

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 615:

"Como [...] por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos" (Rm 5, 19). Por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo la sustitución del Siervo doliente que "se dio a sí mismo en expiación", "cuando llevó el pecado de muchos", a quienes "justificará y cuyas culpas soportará" (Is 53, 10-12). Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados (cf. Concilio de Trento: DS, 1529).

Lo que repara nuestro pecado no es el mero sufrimiento, el sufrimiento por sí mismo no vale nada. El sufrimiento de Cristo tiene un valor infinito en cuanto que era expresión del acto de obediencia de Cristo al Padre. Esto es importante, porque a veces ponemos el acento, ponemos la atención en aspectos un poco exteriores, en aspectos que nos llaman la atención de la pasión de Cristo –y que ciertamente son conmovedores-, pero no perdamos de vista que lo verdaderamente redentor y lo que hace salvífica la pasión de Cristo es el acto de obediencia que estaba teniendo lugar en medio de la pasión y la crucifixión.

Este punto del catecismo habla de esa especie de misterio de comunión que hay en todo el género humano. Hoy tenemos una tendencia muy individualista a no sentirnos en comunión con el resto de los hombres. Es el pecado el que nos ha hecho sentirnos tan individualistas y ajenos al destino y a la suerte de nuestros hermanos. Sin embargo no es esa la imagen del género humano que se revela en la sagrada escritura.

Se nos revela un género humano que ha salido de manos de un Padre, y que la opción de uno de los hijos acepta a los demás hijos. En una familia lo que hace el hijo mayor acepta al resto de los humanos.

Romanos 5, 19: *En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos.*

Existe una misteriosa pero real conjunción en el destino común de los hombres. Lo que Adán hizo –que era como nuestro hermano mayor-, esa desobediencia, nos afectó a todos; aquí San Pablo afirma que

Jesús, habiendo tomado la naturaleza humana en la encarnación: **todos estamos incluidos en esa humanidad de Jesucristo.** Este es el misterio de la comunión del género humano: por eso podemos decir que si el pecado de Adán –como tenía nuestra propia naturaleza y era nuestro hermano mayor- nos aceptó a todos; también la obediencia de Cristo –porque tenía nuestra propia naturaleza humana- **también nos acepta a todos,** en un misterio que, quizás en nuestra cultura individualista, nos cuesta entender.

Fijaos, como cuando Caín comete el crimen contra su hermano Abel, Yahvé le dice: *¿Dónde está tu hermano?*”. A veces nosotros hemos perdido la perspectiva de que Adán era nuestro hermano.

Hay que purificar esa visión que tenemos individualista: “cada uno tenemos un destino y un origen absolutamente independiente de los demás...”, no es cierto. Formamos ante Dios una comunión, también de destino, aunque tengamos una responsabilidad personal, pero es cierto que para bien y para mal –afortunadamente más para bien que para mal: “Bendito pecado que mereció tal Redentor”-

Es importante que hagamos un repaso al concepto de obediencia en la sagrada escritura, porque al final es **Cristo el que revela lo que es la “obediencia” a Dios Padre.**

Lejos de ser una “sujeción que se soporta”, una sumisión pasiva –que es lo que solemos entender nosotros: el obediente es alguien pasivo que no tiene una participación activa-

La obediencia en la sagrada escritura es **UNA LIBRE ADHESIÓN AL DESIGNIO DE DIOS,** permite hacer de la vida del hombre un “servicio a Dios”, una entrega gozosa. La sagrada escritura está empapada de esto.

En contraste con lo que se entiende hoy: “es una virtud de gente que tiene poca iniciativa, o que tiene pocas cualidades y por tanto lo que le toca es obedecer.

Pues no: Es una libre adhesión que permite una “entrega gozosa en servicio”.

En la sagrada escritura se habla de que hay un drama: “**El drama de la desobediencia**”. En los orígenes Adán desobedece a Dios, arrastrando su rebelión a todos sus descendientes:

Romanos 5, 19: *En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores...*

“La creación entera fue sometida a la vanidad”

“La creación”, en el principio, toda ella era obediente a Dios. Hay expresiones en la sagrada escritura en la que se muestra de una manera metafórica esto. Es verdad que las criaturas que no son seres humanos no tienen inteligencia ni voluntad, pero se habla de que la naturaleza es obediente a Dios.

Baruc 3, 34 ss.: *“Los astros brillan complacidos: El los llama, y dicen: “henos aquí” y brillan con gozo para el que los creo.*

Es algo metafórico pero está evocando el plan originario de Dios: de toda una creación obediente a Dios. Hasta ciertos milagros que hizo Jesús cuando calmó los vientos y la tempestad y el mar le obedecía a Jesús. Esa naturaleza que obedece a Jesús es también imagen de ese plan primero de Dios donde todo estaba en un orden perfecto, **en un orden de obediencia.**

Y hasta la desobediencia de Adán y Eva tiene repercusiones en la propia naturaleza; en la que la desobediencia del hombre aparece una especie de rebeldía de la naturaleza que no se somete al hombre.

Frente a la rebelión de Adán, muestra por contraste, lo que es la obediencia y lo que Dios aguarda en ella: **que es la sumisión del hombre a la voluntad de Dios**; la ejecución de un mandamiento cuyo sentido y cuyo precio nosotros no vemos. Esta es la dificultad: estamos llamados a tener una confianza en algo que no entendemos. Dios exige nuestra obediencia porque El tienen un designio para realizar en nosotros, un universo que construir, que necesita nuestra colaboración; por eso nos pide adhesión. La fe exige la obediencia, porque hay un plan de Dios que trasciende la capacidad de ser comprendido desde aquí.

Para salvar a la humanidad, Dios va poco a poco educando en la obediencia, y así hizo con Abraham y con todo el pueblo de Israel: *“Sal de tu tierra y camina en mi presencia, al país que yo te mostrare”*. En Génesis 12 y 17 se va viendo Dios va educando en la obediencia. Mucho más cuando le dice: *“Toma a tu único hijo y ofrécemelo en holocausto”*
Toda la existencia de Abraham reposa en la palabra de Dios en la obediencia, eso le impone a avanzar a ciegas y realizar gestos cuyo sentido el no alcanza: **no entiende ciertas cosas que Dios le dice PERO OBEDECE.**

La alianza supone exactamente el mismo proceso:

Éxodo 24, 7: *Tomó después el libro de la Alianza y lo leyó ante el pueblo, que respondió: «Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho Yahveh.»*

Israel se adhiere al pacto que Dios le propone. Esta alianza implica una serie de mandamientos en muchos aspectos de la vida de Israel –para los padres, para los reyes, para los profetas, los sacerdotes-; estos deberes están ya inscritos, de alguna manera, en la naturaleza del hombre; pero la palabra de Dios los va incorporando a su alianza, y hace de la sumisión del hombre una “obediencia en la fe”.

Ya el primer decálogo decía que la fidelidad a la ley tiene que ser en la “adhesión a la alianza de Dios”. Se decía: *“Los que me **amen y guarden mis mandamientos...**”* es decir **no se puede guardar sus mandamientos sin amar**. Es una obediencia que parte de una alianza de amor. *“Obedezco porque me siento amado por quien me manda”*, quien me manda busca mi bien.

Éxodo 20, 6: *tengo misericordia por millares **con los que me aman y guardan mis mandamientos.***

La obediencia va unida al amor, la obediencia no es nada al margen del amor. La obediencia en el mundo militar –por poner un ejemplo- tiene poco que ver con la obediencia en el mundo religioso, en el mundo militar es una obediencia de disciplina, desde el punto de vista práctico de la vida; no así en el mundo religioso es un acto de confianza en el amor de un Padre.

Todo este proceso de educación en la obediencia por Yahvé culmina en Jesucristo. “Cristo es nuestra obediencia”. Nadie obedece a Dios, y en Israel, poco a poco, se va viendo como una “casa rebelde”

Ezequiel 2, 5: *Y ellos, escuchen o no escuchen, ya que son una casa de rebeldía*

Isaías, 1, 2: *Hijos crie y saqué adelante, y ellos se rebelaron contra mí.*

El hombre esclavo del pecado, aunque en el fondo aspira a obedecer a Dios, llega a ser incapaz de obedecer.

Romanos 7, 14: *Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado. Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco.*

16 *Y, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la Ley en que es buena;*

17 *en realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí.*

Aquí es donde viene Jesucristo “el obediente”, aquel que en su obediencia **nos capacita para obedecer**. Así como por la desobediencia de uno, la multitud fue considerada pecadora, así también hará la obediencia de Cristo “nos engendra como seres obedientes”. ES nuestra salvación su obediencia, y por ella nos es dado volver a la obediencia de Dios.

La vida de Cristo fue, desde su entrada en el mundo, obediencia: **“E aquí que vengo para hacer tu voluntad”, hasta la muerte en cruz**, adhesión a Dios a través de un montón intermediarios: Jose, María, instituciones autoridades.. Pues Jesús en todo lo que hizo en su vida estaba cumpliendo la voluntad de Dios.

En su Pasión llega al colmo, al entregarse sin resistir a poderes inhumanos injustos; haciendo, a través de todos esos sufrimientos, la experiencia de la **obediencia**. Haciendo el sacrificio más precioso a Dios que es el de la obediencia.

Para profundizar más en el valor de la obediencia de Cristo, supone contrastarlo con lo que en nuestra cultura actual se está viviendo, que es algo bastante contrario y que no dificulta la comprensión del mensaje de Cristo.

Pero contrastar, a veces, nos lleva a valorar más lo que tenemos.

En esta cultura dominante en la que vivimos, especialmente en occidente, el valor en alza es el de la “autorrealización”, el hombre autónomo, la espontaneidad propia del hombre. Sacudirse todo aquello que suponga cualquier tipo de tutela o “apadrinamiento”. Parece que todo esto le impide al hombre crecer y ser el mismo. El ideal moral máximo es “se tú mismo”.

Había una película en el año 1989: “El club de los poetas muertos”, reflejaba uno de los mayores exponentes de esta tendencia a la que nos referimos: la de la espontaneidad contrapuesta al dominio propio. Es la rebeldía confrontada con la prudencia. “El prudente, de alguna manera, “no se realiza”. La irreflexión se impone, casi, como un valor. La autoestima supone renunciar a la autocrítica: lo que brota espontáneamente del corazón: “eso es lo bueno”. La pedagogía es dejar que cada uno se desarrolle a los impulsos que le salen del corazón.

Esta cultura es a lo que me refiero, es la que esta dominando entre nosotros.

Detrás de esta “falsedad” se esconde una concepción ingenua y falsa de lo que es la naturaleza humana. Porque no es cierto que el hombre tenga en sí mismo todo aquello que necesita para su plenitud, para la felicidad.

La realización del hombre no es posible sin la gracia de Dios. Siguiendo los impulsos que le salen a uno del corazón, uno no es feliz. Solo hay que mirar en nuestro entorno y ver a donde llega el hombre cuando se deja conducir por sus propios impulsos: ¡pues al egoísmo, y a una sociedad en la que el “hombre es un lobo para el otro hombre”, cada uno quiere sus caprichos, su propia comodidad y todo esto es muy difícil compaginarlo con el vecino, y el otro hombre acaba siendo un enemigo porque limita “mis caprichos”.

Es una concepción ingenua, con una falta de realismo, de conocer al hombre y cuál es la tendencia que tenemos – que la podemos llamar pecado original, los que tenemos fe; o tendencia innata al egoísmo, los que no tienen fe-.

La espontaneidad da rienda suelta a esa tendencia al mal que tenemos. Y el que no tenga fe en la sagrada escritura tendrá que reconocer que hay una tendencia innata al egoísmo y si no reconoce esto está condenado a construir una sociedad que es una selva.

Los que tenemos fe reconocemos que Cristo es la plenitud del ser humano y que sin su gracia el hombre no alcanza su propio equilibrio.

Para nosotros el ideal moral del ser humano **no es el hombre autónomo**, sino que es **el hombre “comuniión”** con Cristo, con los hermanos y consigo mismo. Y la comuniión lleva implícita **la obediencia**. No se puede estar en

comunidad con los demás **sin un espíritu de obediencia**. La imagen del hombre autónomo, que se “auto realiza” es el hombre desobediente.

Por eso Jesús es el hombre que vivió la profunda comunión con Dios Padre, hasta el punto de decir: **“El Padre y Yo somos uno”**; comunión con todos nosotros, porque Cristo es el verdadero hombre, el que nos representa a todos nosotros. **Por eso es el HOMBRE OBEDIENTE** al Padre, obediente en la fidelidad que le lleva el amor a todos nosotros; en cierto sentido Cristo “nos obedece”. Es una forma muy fuerte de llegar a expresar esto. Es obediente a la necesidad que tenemos de Él. Cuando la Iglesia dice: *“Tomada y comed esto es mi cuerpo”* y Cristo obedece y se hace allí presente.

El hombre maduro no es aquel que no necesita dirección, eso es falso; el hombre maduro es aquel que es **movido por el Espíritu Santo**. Por el contrario, el hombre inmaduro es aquel que es arrastrado por sus pasiones. No es cierto que el hombre inmaduro –el que se dice autónomo o autosuficiente- no obedece a nadie, obedece a sus pasiones, aunque él diga que “hace lo que le da la gana”: es esclavo de sus “ganas”, de sus pasiones, de su tendencia al pecado, del pecado mismo.

Al final todo el mundo obedece a alguien: o bien obedece a Dios, o bien obedece a satanás (en última instancia). O somos movidos por el Espíritu Santo, o somos movidos por nuestras propias pasiones; aquí no hay punto medio, no conviene que nos engañemos.

Y no es cierto que la obediencia esta contrapuesta a la libertad: **Ser obediente es plenamente compatible con ser libre**. La Virgen María ha sido el ser humano más libre de toda la creación, porque ha sido la más obediente. Jesucristo –como persona divina, pero que también tenía su naturaleza humana- es el que nos da el máximo testimonio de libertad: **“A mí nadie me quita la vida, soy Yo el que la doy voluntariamente”**. Cristo es libre porque es obediente al mismo tiempo.

Ser libre no es hacer lo que a uno le dé la gana, **sino tener la capacidad de determinarse para el bien**, poner todas nuestras cualidades y talentos en función del bien, sin que haya nada que nos esclavice y nos lo impida (Esa es la definición Agustiniana).

No permitamos “que nos metan un gol”, que nos hagan creer que “quien es obediente no es libre”.

Cristo es el obediente, el que nos descubre que nuestra vocación es a la **comunidad y a la obediencia con Dios, a la comunidad y a la obediencia con nuestros hermanos, a la comunidad y a la obediencia con nuestra propia conciencia**.

La palabra “conciencia” a veces, la hemos deformado. En vez de ser el “lugar donde se manifiesta la autoridad de Dios”; resulta que hemos hecho de nuestra conciencia “un refugio de hacer lo que nos da la gana”: *“Cada uno vera con su conciencia”* (traducido a efectos prácticos: “cada uno hará lo que le dé la gana”). No es así: **La conciencia es la estancia en la que uno descubre LA FUERZA DE LA VERDAD, que “me obliga”, incluso, contra mi apetencia: Esa es la voz de la conciencia**.

Terminamos esta exposición con un detalle que complementa lo que anteriormente hemos explicado.

Es el hecho de que también la obediencia es propia de quien se compromete con la vida y con la verdad de las cosas.

Un Padre es obediente al propio compromiso de entrega que ha hecho, es obediente cuando suena un despertador y se levanta: eso es obediencia. Una de las manifestaciones de la desobediencia de nuestra cultura es la inconstancia de quien se compromete y se cansa de al cabo de un rato. Nuestra cultura se caracteriza por una tendencia “a mariposarse”, “de flor en flor”, buscando cosas nuevas, experiencias nuevas; eso resulta atrayente, pero al final sin comprometerme con nada; en esa falta de compromiso se encierra una falta de obediencia al final.

Lo que debe caracterizar a los cristianos no es la búsqueda “curiosa”, sino casarse con la verdad. Tal y como el padre de familia que se “desposa “con sus deberes de estado, que son su familia, teniendo que renunciar a muchas cosas por ese “desposorio”.

Hay quien, por no “atarse”, renuncian a tener compromisos. Porque no “quieren casarse con nada”.

Así pues, el compromiso en la vida es obediencia; porque la “belleza y la verdad” no solo tienen que ser admiradas en la distancia, sino que tienen que ser abrazadas.

No es suficiente con admirar los ideales: “¡Qué bonito es eso, ya me gustaría a mí tener eso...”!.

La obediencia de Cristo con la que nos redimió, es la obediencia de la quien se casa con la vocación que Dios le dio.

De la misma manera en nosotros: cada uno de nosotros tiene que ser obediente con la vocación que Dios le ha dado: como sacerdote, como padre de familia.... Quizás a la situación de estar postrado en la enfermedad: obediente a ella.

La obediencia es la **opción libre de quien abraza una situación “gozosamente” en entrega generosa a Dios y al prójimo”**

Lo dejamos aquí.